LA LITERATURA COMO FUENTE HISTÓRICA: BENITO PÉREZ GALDÓS

María Luisa Lanzuela Corella
U.N.E.D. (MADRID)

LA OBRA LITERARIA COMO REFLEJO DE UN MOMENTO HISTÓRICO

La obra literaria no es un hecho aislado, es un reflejo, consciente o inconsciente, de la situación social, económica y política de un determinado momento histórico.

El escritor no vive aislado sino integrado en una sociedad por un sinfín de nexos y relaciones. Además, no es sólo escritor, es otras muchas cosas; y su vida, como la de cualquier ser humano, se nutre del forcejeo entre la afirmación de su propia individualidad y las trabas que en los usos sociales encuentra para lograr esa individualidad. Por eso, la obra literaria está históricamente condicionada, en la medida en que toda sociedad es, por su misma esencia, histórica; y el componente socio-cultural actúa como ingrediente de la concepción artística.

Giner de los Ríos llama la atención sobre el valor de la literatura como instrumento para averiguar la caracteriología de un pueblo, piensa: que el historiador puede y debe servirse de la producción literaria como de insuperable guía para explorar la recóndita intimidad de un momento histórico; la que no nos suele proporcionar la historia política.

Ahora bien, para Gíner, y, por supuesto, para los krausistas en general, la historia, en cuanto reflejo del gradual perfeccionamiento del hombre, tiene fundamento, sentido y objetivos estéticos. Afirma Gíner que: «sólo de esta manera, podemos considerar la historia con un sentido verdaderamente racional y humanitario. De otra suerte, el progreso sería un nombre vacío».[1] Según él, si la historia quiere descubrirnos el espíritu de los pueblos, tiene que buscar sus fuentes donde el espíritu se manifiesta de manera más libre e intensa; que, precisamente, no es en el terreno de lo socio-político, donde acostumbra, por cierto, a buscarlas; sino en una esfera más personal e íntima, la del arte, ya que la obra artística surge de lo más individual y característico que tiene el hombre; y dentro del arte, el historiador debe dirigirse muy especialmente a la literatura. Dice Giner «suprímase la literatura de un pueblo y en vano se apelará para reconstruir su

[1] «Estudios de literatura y arte», en *Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, 1919, t. III, pág. 202.

pasado a su historia política. Las bellas letras son la carne y la sangre de la historia».[2]

El texto literario para el historiador no es una ilustración de la exposición histórica; es, en sí mismo, una fuente de investigación que hay que saber manejar y también averiguar cuándo hay que recurrir a ella; pero siempre habrá que contrastar la información que nos proporciona con otras fuentes documentales de tipo histórico, geográfico, cultural o económico.

La validez de la fuente literaria resulta innegable a la hora de analizar temas de historia social, detalles de la vida cotidiana o tendencias de mentalidades colectivas. No obstante, y a pesar de la afirmación de Gíner de que «los pueblos que tienen historia, tienen literatura»,[3] para que la obra literaria pueda ser tenida en cuenta en la exploración de un determinado momento histórico, habrá que realizar previamente, como ocurre con cualquier otro documento histórico, un minucioso examen y una valoración crítica de la obra en cuestión: ¿Hasta qué punto es esa obra índice fiel de su tiempo y del lugar al que se refiere? ¿Qué proporción representan en dicha obra lo individual o anecdótico, y lo colectivo? De cualquier forma, y, a pesar de todas estas premisas, la consideración de la obra literaria como documento histórico de primera mano tiene, por parte de sus detractores, la categoría de fuente histórica subjetiva; aunque nos preguntemos: ¿por qué se admite la prensa periódica como valioso documento histórico, y se cuestiona el valor de la fuente literaria?

EL TEXTO NARRATIVO: VALIOSO DOCUMENTO HISTÓRICO

Dentro de la literatura, el género que aporta datos más valiosos es, sin duda, la narrativa. El texto narrativo, como refrendo de una realidad social, nos proporciona datos valiosos y detalles imposibles de encontrar en otro tipo de documento histórico. El autor de una novela, cuando refleja en su relato la sociedad que le rodea –si el argumento se desarrolla en momentos coetáneos o cercanos a los de su creación– es un testigo de su época; testigo que nos transmite, junto con la representación de la realidad, un conjunto de problemas que va a expresar, influido por sus propias circunstancias sociales o ideológicas. El proceso de socialización que a lo largo de su vida sufre el escritor influye, desde luego, en el tratamiento dado a su novela. De aquí, que el historiador debe conocer la biografía del novelista –ascendencia familiar, educación recibida, situación personal, amigos–, los elementos culturales de la sociedad en que está inmerso –valores, modelos, símbolos–, así como las corrientes ideológicas o la mentalidad de su grupo de pertenencia, ya que todo ello va a conformar su expresión artística en un determinado sentido.

Es decir, la novela no sólo da testimonio de una realidad, sino que los acon-

---

[2] *Op. cit.*, pág. 163.

[3] «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna», *en Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos,* t. III, pág. 169.

tecimientos históricos de la época influyen en el autor de dicha obra; y ésta, a su vez, sirve de instrumento de denuncia y crítica de la sociedad de su tiempo. Abundando en esta idea, Mijail Bajtin en su obra *Teoría y estética de la novela*[4] afirma que el carácter dialógico y polifónico del género novelístico hacen de él el ejemplo más claro de cómo la estructura de una forma literaria puede reflejar a través del lenguaje el trasfondo básico de la realidad social.

La historia literaria de España confirma los postulados que acabamos de exponer: el nacimiento de la novela realista va ligado a la agitación intelectual que lleva aparejada la Revolución de septiembre de 1868. La novela decimonónica, la novela por antonomasia, después de los años isabelinos –en los que únicamente ha demostrado un afán de entretener al lector y de desviar su atención de las desazones sociales y políticas del momento– al llegar a los años que transcurren entre la Vicalvarada (1854) y la Septembrina, es cuando ve aparecer una elite intelectual ilustrada que nutre la turbulencia ideológica revolucionaria y engarza con el nacimiento de la novela española moderna.

González Serrano, comentarista temprano de la novela española, dice que la novela «como sincretismo ficticio de esa incoherencia que nos rodea por todas partes, es el género literario más adecuado al espíritu y tendencias de los tiempos presentes».[5]

La novela de Galdós: testimonio de la sociedad de su tiempo

Si a los autores de la novela realista del XIX se les agrupa en la llamada «generación del 68» o «generación burguesa» –aludiendo a los hechos históricos que tienen lugar en ese período de la historia de España, y a que, precisamente, es la Revolución del 68 la que ha propiciado el triunfo de la burguesía progresista–, ninguno tiene más mérito para tal entronque que Pérez Galdós. En la obra de Pérez Galdós se puede reconstruir toda la historia de la novela española de medio siglo de duración: Galdós es algo más que un novelista de su generación, es algo así como la generación misma.

Se ha dicho que: novelar en Galdós es hacer historia. Y, efectivamente, es quien entre todos los llamados realistas mejor refleja el conflicto político, histórico, social y religioso inherente a la Revolución del 68. Para López Morillas:

> Concretamente él es quien incorpora a la novela las promesas, soliviantos y desengaños que acompañan al movimiento revolucionario; y al hacer eso radicaliza, por así decirlo, la ficción novelesca, inyecta en ella una tensión ideológica que no es sino reflejo de la radicalización que se ha producido en el mundo real y que el propio novelista siente con aguda intensidad.[6]

El interés de Galdós por la sociedad contemporánea, su deseo de hacer de

---

[4] Mijail Bajtin, *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus, 1989.
[5] Urbano González Serrano, *Ensayos de crítica y filosofía*, Madrid, 1881, pág. 201.
[6] Juan López-Morillas, *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*, Madrid: Ariel, 1972, pág. 30.

ella el material imprescindible de sus novelas, su intento de hacer de éstas un fiel reflejo de la sociedad, sobre todo, de la clase burguesa; y el carácter testimonial de la obra de Galdós, que adopta la perspectiva de un burgués para convertir su novela en un auténtico documento social, queda expuesto en dos textos fundamentales: el artículo «Observaciones sobre la novela española contemporánea» publicado en la *Revista de España* en 1870, y su discurso de ingreso en la Real Academia Española *La sociedad presentada como materia novelable*, leído el 7 de febrero de 1897.

Los acontecimientos que tienen lugar en el turbulento y a la vez estimulante período que va de 1868 a 1875 coinciden con los primeros años de madurez de Galdós –que tiene 25 años en los días de la Revolución y 32 en la fecha de la Restauración. Es significativo que es, precisamente, en estos años en los que Galdós sitúa la acción de algunas de sus novelas más significativas, por ejemplo *Fortunata y Jacinta*.

NOVELA DE TESIS

La novela que nace de la Revolución de septiembre está imbuida de tendencias ideológicas de signo contrario. Esta efervescencia intelectual que lleva aparejada la revolución da como resultado una toma de posición ante la realidad española: se descubre que es problemática, y los escritores no dudan en reflejarla en obras polémicas y doctrinales; de ahí su valor como documento histórico.

En estas novelas de Galdós llamadas «de primera época» la acción abarca los tres cuartos de siglo que van de Godoy a Cánovas; en ellas se muestra el conflicto ideológico entre el individuo que encarna las virtudes (honradez, franqueza, magnanimidad...), frente a la sociedad española, las taras morales (hipocresía, fanatismo...). Así, Lázaro (*La Fontana de Oro*) es «mancebo de recto y noble corazón»,[7] Pepe Rey (*Doña Perfecta*) es hombre «de profundo sentido moral»,[8] León Roch se distingue por su «rectitud y el propósito firme de no mentir jamás».[9] En el otro lado, la sociedad con la que brega Lázaro es «decrépita, pero conservando aún esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos»,[10] describe la sociedad de la España de Fernando VII, Pepe Rey se desenvuelve en «un pueblo dominado por gentes que enseñan la desconfianza, la superstición...»,[11] características que reflejan el fanatismo provinciano. León Roch, por último, modelo de joven krausista, «cae víctima del escuadrón de hipócritas que forman la parte más visible de la sociedad contemporánea»,[12] se refiere a la hipócrita sociedad de la Restauración.

---

[7] Benito Pérez Galdós, *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1941, t. IV, pág. 39.
[8] *Op. cit.*, pág. 416.
[9] *Op. cit.*, pág. 794.
[10] *Op. cit.*, pág. 15.
[11] *Op. cit.*, Pág. 460.
[12] *Op. cit.*, pág. 912.

En estas novelas se centra en los graves problemas que la Revolución ha puesto sobre el tapete: libertades individuales y de culto, educación... [...] En ellas aparece un Galdós combativo y muy politizado que critica a la Iglesia Católica –por su dogmatismo, influencia autoritaria del clero en asuntos domésticos y públicos, mantenimiento del tradicionalismo reaccionario o fanatismo– y a los defensores de ese fanatismo, como enemigos de la burguesía progresista.

La Revolución de septiembre había supuesto para los liberales una gran esperanza en que la Gloriosa supusiese el fin de las luchas fratricidas que durante medio siglo desgarraban a España. Sin embargo, Galdós fue uno de los pocos que no se deja seducir por ese general optimismo y en 1870, dos años después de concluir el manuscrito, se decide a publicar su primera novela *La Fontana de Oro* –por el parecido que pudiera existir entre el alzamiento de Riego en Cabezas de San Juan para derrocar a Fernando VI y el de Prim y Serrano para hacer lo propio con Isabel II– con una finalidad histórica más que literaria, como pone de manifiesto el propio Galdós en el preámbulo de la novela.

La Fontana de Oro, primera novela española moderna, refleja el ambiente político y social de los clubs políticos en los cafés madrileños en los años del Trienio liberal de 1820 a 1823. La novela –inspirada en el conocido café en el que se reunían los liberales que habían hecho jurar a Fernando VII la Constitución de 1812– escrita en los años de la Revolución, recibe los últimos toques poco después de triunfar la causa del puente de Alcolea. En ella Galdós –que ha participado en la Gloriosa a favor de los victoriosos progresistas– trata de dar una lección de moderantismo: condena a Fernando VII pero también a los exaltados de signo contrario.

Doña Perfecta –de todas ellas, probablemente, la novela de mayor valor literario, y la que, desde luego, le granjeó más enemigos, ya que fue considerada por algunos sectores como anticlerical– aparece por entregas en 1876, pues Galdós intenta que su publicación coincida con los debates del Parlamento, sobre la libertad de cultos y las polémicas entre krausistas y tradicionalistas –coincidencia que puede comprobarse en el Libro de sesiones de las Cortes.

Y es que Galdós, por estas fechas –fracasada la Revolución del 68, en 1875 ha sido restaurada la monarquía– se da cuenta de que vuelve la intolerancia del pasado y de que están en peligro los ideales de tolerancia, libertad y progreso que representan las clases medias ilustradas; y se sirve de los personajes mencionados en esas novelas para reflejar una situación histórica.

Cuando Galdós escribe *La Familia de León Roch* (1978), su novela de más peso ideológico, ha fracasado la septembrina, y los intelectuales se han dado cuenta de que el advenimiento de un mundo mejor no puede venir de una revolución, sino del gradual perfeccionamiento del individuo por medio de la educación. León Roch personifica el retrato físico y moral de los krausistas de la época; frente a María Sudre, su mujer, hija de los marqueses de Tellería, prototipo de la moral de la burguesía restauradora.

NOVELA CONTEMPORÁNEA: ETAPA NATURALISTA DE GALDÓS

En 1881 Galdós publica *La desheredada* e inicia una «segunda manera de novelar» –según su propia confesión en una carta a Gíner de los Ríos– la etapa «naturalista», que va a continuar con *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas* y *Lo prohibido* publicadas entre 1882 y 1885; para, tras una breve pausa, culminar el ciclo con su obra maestra *Fortunata y Jacinta*. Este cambio de rumbo en su hacer novelístico no ha sido caprichoso: sucede al silencio de casi tres años –circunstancia ésta muy extraña para un trabajador infatigable como Galdós– que se ha establecido desde la publicación de *La familia de León Roch*; y nos hace reflexionar sobre: hasta qué punto la realidad histórica condiciona su novela.

Ya que, Galdós entre 1876 y 1878 –fechas en las que publica *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*– se ha manifestado como un escritor comprometido con la sociedad de su tiempo, a la que ha querido aleccionar; sin embargo, estas novelas más que representar la vida, con toda su complejidad, dan una interpretación demasiado esquemática de ella, con una presentación maniquea de las dos Españas: la tradicional o reaccionaria y la liberal o progresista –en una «indecisa contemporaneidad».

Ahora bien, una vez entrada la Restauración en los años que van del 78 al 81, cuando parece que existe la confianza de que el nuevo sistema político puede tener una continuidad estable –a la que sin duda ha contribuido el final de la segunda guerra carlista en 1876– que se asienta en tres pilares básicos: en el orden político, la Constitución de 1876 y la política de «turnos»; el despegue de la economía desde 1879 hasta finales de los 80, con el desarrollo de la industria y la expansión del ferrocarril; y, en lo social, como consecuencia del ascenso al poder de la burguesía, la posibilidad o esperanza de «una movilidad social hacia arriba», la mítica «confusión de clases» a la que alude Galdós.

Todas estas circunstancias le hacen a Galdós darse cuenta de que la sociedad de la Restauración parece ir «asentándose», de modo que empieza a resultar «aislable» como una nueva estructura social; es decir, se ha logrado el avance definitivo e irreversible de la burguesía española. Siendo así, ¿cómo seguir novelando sin atender a esta realidad, como hemos dicho, prácticamente ausente en las novelas de tesis? De ahí, que esta percepción obligue a Galdós a detenerse y a volver a enfocar su trabajo; por eso, el silencio, y la pausa en esos años que van del 78 al 81, para entrar ya decididamente en una nueva manera de novelar en el ámbito de lo contemporáneo. En la que, si Cervantes, Dickens y Balzac son sus modelos, y Taine y Comte sus guías, Zola va a ser su fermento vital: influido por él, empieza a estudiar las causas biológicas, ambientales e históricas como factores determinantes del comportamiento de sus personajes.

En la nueva sociedad, derrotadas todas las posibilidades revolucionarias, sólo queda el problema de subsistir en el difícil equilibrio de acoplarse a lo existente. Así lo explican los personajes de sus novelas: Feijo le dice a Fortu-

nata «que también él había sido loco, pero había recobrado la razón, y la razón en política era, según él, la ausencia completa de fe».[13] O el propio Juanito Santa Cruz: «las conveniencias sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros».[14] O en *España sin rey*, el narrador dice que la Restauración es «un remiendo, más bien una chapuza».[15]

En *La desheredada*, cuya acción se sitúa entre 1873 y 1875, se desenmascara de manera indirecta a la sociedad de esos años que como Isidora soñaba escalar las mayores cimas sociales sin ningún tipo de esfuerzo.

El amigo Manso, se desarrolla alrededor de 1880. Manso es un maduro profesor de filosofía, un krausista, –en el que algunos ven reflejado al propio Galdós–, es un idealista en un medio social pragmático y oportunista que fracasa en su empeño de moralizar a los demás.

En el ciclo formado por *El doctor Centeno*, *Tormento* y *La de Bringas* –cuya acción transcurre durante los últimos cinco años del reinado de Isabel II– desvela la falta de grandeza de espíritu e inmoralidad de la sociedad isabelina.

En *Fortunata y Jacinta* publicada en 1887 –extenso y pormenorizado cuadro de la vida española de 1869 a 1875– Galdós abandona las esperanzas que ha puesto en la burguesía española y se identifica con Fortunata y con su clase, el pueblo. En estrecho paralelismo con el proceso histórico: Juanito Santa Cruz inicia un romance con Fortunata –representante del pueblo– durante los primeros meses de 1868; pero –al igual que la clase a la que representa– después de haber conseguido de Fortunata lo que quería, la abandona– como la burguesía hace con el pueblo, lo había utilizado para derrocar a Isabel II, pero una vez que llega al poder, abandona al pueblo a su suerte. A los pocos meses Juanito se casa con Jacinta, quien, como la burguesía, es estéril. No hay que olvidar que Galdós escribe con una perspectiva histórica que le ha permitido comprobar como la Restauración no ha sido una buena solución política. Siguiendo el paralelismo: Alfonso XII es considerado por la burguesía como el salvador de la nación, y el hijo de Juanito y Fortunata, el Mesías de los Santa Cruz. Pero los dos llegan por procedimientos no legales: en un caso hubo un golpe de Estado, en el otro, el hijo es ilegítimo.

Fortunata, como el pueblo español de las últimas décadas del siglo XIX, empezó a comprender finalmente que debía distanciarse de la burguesía, que le había instrumentalizado, y descubre que tenía que actuar de acuerdo con los intereses de clase, para lo cual tenía que afirmarse como un sujeto con capacidad decisoria. Fortunata es derrotada, como lo fue el pueblo español en 1875. La grandeza de esta novela radica en que Galdós comprendió cuál era el sentido de la historia. *Fortunata y Jacinta* tiene una dimensión socio-histórica, en la medida en que está estructurada en torno a los acontecimientos más relevantes de los

[13] *Op. cit.*, t. V., pág. 294.
[14] *Op. cit.*, t. V., pág. 104.
[15] *Op. cit.*, t. V., pág. 822.

años 1869 a 1875; pero al mismo tiempo es una reflexión sobre la naturaleza espiritual del ser humano.[16]

ETAPA ESPIRITUALISTA

Las novelas de la etapa espiritualista de Galdós continúan siendo un reflejo de la realidad histórica: *Miau* (1888) trata el problema de los funcionarios cesantes en los gobiernos de la Restauración; en *Ángel Guerra* (1890), *Nazarín* (1895) y *Halma* (1895) los héroes galdosianos, representantes del más puro cristianismo, propugnan la ruptura con la Iglesia oficial; mientras que Misericordia (1897), que se ocupa del tema de la caridad, nos muestra las clases bajas de la sociedad madrileña frente a la mezquina y arruinada clase media.

BIBLIOGRAFÍA:

Bajtín, M., *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus, 1989.
Caudet, F., *El mundo novelístico de Pérez Galdós*, Madrid: Anaya, 1992.
Díaz, E., *La filosofía moral del krausismo español*, Madrid: Debate, 1989.
Fox, I., *Ideología y política. En las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid: Espasa-Calpe, 1988.
Galdós en el centenario de «Fortunata y Jacinta», Julio Rodríguez Puértolas, coord., Madrid: Universidad Autónoma, 1989.
Gíner de los Ríos, *Obras completas*, Madrid: Espasa, 1919.
Gullón, R., *Técnicas de Galdós*, Madrid: Taurus, 1980.
Gullón, R., *Galdós, novelista moderno*, Madrid: Taurus, 1987.
Jover. J. M., *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid: Turner, 1976.
López Giménez, *El naturalismo y España*, Madrid: Alhambra, 1977.
López – Morillas, J., *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*, Madrid: Ariel, 1972.
López – Morillas, J., *Krausismo. Estética y literatura, Barcelona: Lumen, 1973.*
Mitterand, *Zola et le naturalisme*, París: que sais-je?, P. U. F., 1986.
Montesinos, José F., *Galdós*, Madrid: Castalia, 1980 (3 vols.).
Oleza, J., *La novela del XIX*, Barcelona: Laia, 1984.
Pérez Galdós, *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1941.
Textos y contextos de Galdós, ed. de J. W. Kronik y H. S., Turner, Madrid: Castalia, 1994.
Zambrano, M., *La España de Galdós*, Madrid: Comunidad de Madrid, 1989.

[16] Francisco Caudet, *El mundo novelístico de Pérez Galdós*, Madrid: Anaya, 1992, págs 46-53.